

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 28 Diciembre 1916.

Número 52.

CASA DEL PUEBLO

JUVENTUD REPUBLICANA DE MAS DE BARBERANS

:-:-:-:-:-

GRANDES FIESTAS CÍVICAS, QUE CELEBRARA LA JUVENTUD REPUBLICANA LOS DÍAS 24, 25 Y 26 DE DICIEMBRE DE 1906 en conmemoración de la inauguración de la CASA DEL PUEBLO y en honor de despedida de los fundadores de dicha Juventud, Jaime Lleixá Marín y Julián Fornós Lleixá, entusiastas propagandistas.



PROGRAMA

DIA 24.—VÍSPERA DE NAVIDAD

Por la noche, **GRAN BAILE DE SOCIEDAD** en el salón de baile del Centro Unión Republicana, á los acordes de un armonioso piano, en el que están invitadas todas las señoritas de la localidad.

DIA 25.—El Centro Unión Juventud Republicana, estará ricamente engalanado, izando en la fachada principal la bandera tricolor anunciando las fiestas. Por la mañana habrá muchas y bonitas diversiones en el Centro Republicano.

Por la tarde

GRANDIOSO BAILE

en el que sólo entrarán las señoritas que tengan invitación; amenizará en dicho baile la renombrada banda «La Primitiva», bajo la dirección del celoso director D. José Fernández, distinguido amigo nuestro, tocando las mejores piezas de su repertorio.

Noche, **GRAN ILUMINACION** en el Centro y calle, los que estarán adornados convenientemente, celebrando un

BAILE DE PERFUME

otorgándose premios á las parejas que mejor bailen á juicio de la Comisión. A continuación una juerga pantomima por varios jóvenes.

DIA 26.—Tarde, **GRAN BAILE AL ESTILO DEL PAIS** y bailes modernos de sport, en los que nos hará sentir el Sr. Fernández y sus alumnos alegres y modernos bailes.

Noche: **VELADA LITERARIO MUSICAL**, en la que tomarán parte los inteligentes jóvenes Jaime Lleixá Marín, Julián Fornós Lleixá, Pedro Sánchez de Colau y el fogoso orador José Lleixá de Subirats de Auchevet.

También se pondrá en escena el chistoso sainete

QUI NO TE PÁ MOLTES SEN PENSA

NOTA: A juicio de la Comisión podrá alterarse el programa.

LA COMISION

Imp. J. Monclús.—Tortosa.

Recibí el jueves bajo sobre el *Programa* que antecede. Y al leer *Casa del Pueblo* y ver la imagen de la República, pensé: «Alguna población que ha tomado la iniciativa para eso de la *Asamblea de los 49*».

Seguí leyendo, y se me cayeron los palos del sombrero. Se trataba de un baile, y *grandioso*, en un pueblo de 1600 habitantes: en Más de Barberáns.

Contrariado por la equivocación padecida, me dije:

«Quien me lo manda no ha pensado seguramente en que yo vaya á bailar á esa fiesta. Sería una broma demasiado pesada. Me lo envía, sin duda, para que me entere de que nuestro partido no está desorganizado, como yo sostengo, ni desunido, pues acude, como siempre, á donde se le llama en nombre de la República; es decir, me canta indirectamente el trágala.»

»No, pues es lo que yo no me trago ese trágala. Si no llego á ver en el *Programa* la efigie de la República, ni siquiera lo leo. Y si lo hago, de fijo exclamo: «¡Bah! Jóvenes republicanos que se divierten. Es natural. El momento no está bien elegido, preocupados como estamos todos con la falta de trabajo, la carestía de los artículos de primera necesidad, el desconcerto universal; pero, en fin, la juventud tiene sus derechos y no se es joven más que una vez. Que bailen y se distraigan.»

Mas, lo confieso: al ver á la matrona que simboliza nuestras aspiraciones, con su actitud arrogante, su gorro, la espada desnuda en la diestra, y en la otra la bandera que ha de cobijar bajo sus pliegues á la España del porvenir, mis ojos, más apagados cada día, cegaron casi por completo, y trabucando los contornos al confundir las líneas, me pareció por un instante que me había engañado; que aquella figura no representaba la República, sino un bastonero del baile del Ramillete. Y cual si pudiera oírme, con voz entre ronca y trémula, me encaré con ella y le hablé así:

«¡A lo que has llegado! ¡A servir de reclamo en los Anuncios de baile, como el Corazón de Jesús en las circulares donde los jesuitas piden dinero, y el hombre con el bacalao á cuestras en los tarros de Emulsión Scot! Yo que te soñaba implantando el reinado de la justicia en España, te contemplo presidiendo danzas. ¡Qué desencanto!

¿Mas por qué desencanto? ¿Acaso es esta la vez primera que te veo profanada en actos parecidos? No. Esta es la tercera que protesto contra el partido revolucionario con vistas á Terpsicore.

La primera fué en 1895, cuando en la calle de la Bola dió el partido federal en celebrar fiestas del corte de esta.

La segunda cuando allá por 1909 ó 1910 dieron los radicales en celebrar en su Casino de la calle del Príncipe unos bailes de máscara cuyos anuncios y descripciones contrastaban ferozmente con los horripilantes discursos que pronunciaban en los mitins acerca de la situación triste y angustiosa que atravesaba el pueblo bajo el ominoso yugo de la odiosa y odiada Monarquía.

Porque yo no habré sabido acertar siempre, mi amada República, á servirte como deseaba y tú merecías, pero nunca he dejado de protestar contra todos los que trataron de ponerte en ridículo. Acusada de tiránica, de cruel, hasta de injusta, me parecerías grande. Convicta de funambulesca y grotesca, renegara de ti.»

Y después de decirle eso á la República, les digo á mis lectores:

«Cerca de un cuarto de siglo ha pasado desde que publiqué el primer artículo (que á continuación reproduciré) satirizando á los que, á pretexto de cultura, introdujeron en nuestros Círculos (llamados revolucionarios no sé por qué), la moda de bailar, tocar y cantar; y desde entonces, si bien hemos puesto muchas veces en caricatura el arte de la Pastora Imperio, el de Sarasate y el de Gayerre, nada hemos hecho para traer la República y sí mucho para alejarla.

Ni nos hemos sublevado una vez (¡que se callen esos que intentan recordarme el mes de Julio de 1909, porque aquello no fué obra nuestra!); ni hemos logrado siquiera ponernos en condiciones de poder hacerlo mañana, por haber perdido fuerza, prestigio, autoridad, simpatías...

Pero, en cambio, ¡lo que hemos bailado! ¡Las poesías que hemos oído! ¡Las músicas que nos han deleitado! ¡Las funciones de teatro que hemos dado! ¡Los banquetes que nos hemos propinado! ¡Las meriendas que hemos devorado! ¡Los vivas que hemos lanzado! ¡Y, en suma, lo que nos hemos divertido! Podemos alabarnos, sin que nadie ose desmentirnos, de que nos hemos burlado donosamente de la Monarquía haciéndole creer que íbamos á derribarla.

¡Pobre República y cómo la hemos puesto entre todos y cuán en poco la tenemos!

No la invocamos ya, ni para que nos inspire abnegaciones patrióticas, ni nos dicte acuerdos salvadores, ni nos ordene realizar actos viriles; pero sí utilizamos su figura, profanándola, para que presida banquetes, bailes,

meriendas, vinos de honor, juegos de tresillo y dominó en Casinos y Comités...

No vemos en ella la representación de un ideal elevado, sino la del partidismo al meuudeo, que incuba, desarrolla y mantiene ambiciones sin grandeza, odios infecundos, codicias de mendigos...

De seguro que antes de llegar aquí, habrán pensado algunos:

«¡Pues no toma este poco en serio el incidente baladí de que unos muchachos de un pueblecillo hayan puesto la efigie de la República en una invitación á un baile!

Y los que hayan pensado así tienen derecho á que yo les dé esta explicación.

«Tenía deseos de decir cuanto he dicho, y he tomado por pretexto ese anuncio.

Si el republicanismo ha entrado, ó va á entrar, en un período serio, es preciso acabar con todo lo que huela á jolgorio y zaragata. De continuar, como hasta aquí, dedicados políticamente, moralmente y materialmente á las piruetas, nos iremos muy pronto á hacer... el consonante.

JOSE NAKENS»

MÁS SERIEDAD

Llega á mis manos un número del periódico federal *El Nuevo Régimen*, donde leo lo siguiente:

VELADA ARTISTICO-LITERARIA

«Por falta de espacio no dimos en nuestro número anterior noticia de la brillante velada celebrada hace días en el Centro Federal.

Asistió á ella numerosa concurrencia. El bello sexo estuvo espléndidamente representado.

La señorita Mejuto ejecutó al piano la *Mandoline*, de Gregh y la *Tarantelle*, de Smith, y fué aplaudidísima.

La señorita Muñiz y la señora de Albiach interpretaron magistralmente, también al piano, á cuatro manos, la ópera de Verdi, *Macheth* y la *Marcha de las antorchas*, de Meyerbeer.

El señor Alcántara cantó la romanza de *Carmen* y la jota de *Cádiz*, que tuvo que repetir entre estruendosos aplausos. Le acompañó al piano la señorita Muñiz.

La señorita Mata cantó el wals del maestro Caballero *Triple Alianza*, el *Non posse vivere* y la *Música prohibida* de Gastaldón. También cantó tres saladísimas malagueñas, que arrancaron al auditorio aplausos unánimes.

El señor Covisa leyó el poema *Pobres y ricos*, del Sr. Pi y Arsuaga, y fué muy aplaudido al finalizar la lectura.

La velada resultó notable, y al final, á petición del elemento joven, se bailaron algunos walses y rigodones.»

Creyendo que había tomado un periódico por otro, pues sólo podía estampar lo copiado un escritor monárquico para poner en ridículo al partido federal, volví á mirar el título, y vi que no me había equivocado.

Sí, era efectivamente el órgano oficial del pactismo el que en la ma-

no tenía. Me restaba una esperanza: la de que el número aquel fuese atrasado y llevara la fecha del 28 de Diciembre, día de Inocentes. Miré, y ¡oh desencanto!, era el último: el del 9 de Marzo.

Quedé anonadado. Todo lo que hasta ahora había considerado indiscutible estaba sometido á mudanza y á trastocamiento. ¡El partido federal haciendo figuras de rigodón en la propia basílica donde oficia alguna vez el Sumo Pontífice! Esto era más que inusitado: era monstruoso.

Hubiera comprendido que los polizontes corrieran desaforados á cerrar el Centro por haberse dado en él gritos sut versivos contra el orden, la propiedad y la familia, ó pedido la cabeza de la Regente y de su hijo, ó decretado la matanza de los frailes, ó preparado la segunda edición de los cantones; hubiera comprendido todo lo que significara revolución, guerra, exterminio... ¡Pero bailar!, ¡pero cantar!, ¡pero tocar!, ¡pero leer versitos!... Esto no podía admitirlo.

Y mucho menos cuando el mismo periódico que da la noticia de la velada disculpándose de no haberlo hecho antes, viene en todos sus números pintando al vivo la situación desesperada de la clase obrera, pidiendo y proponiendo soluciones para aliviarla, tronando contra la frivolidad hoy reinante, lamentando el rebajamiento de caracteres, y hablando de propagandistas viriles, que levanten el decaído espíritu nacional.

¿Cómo compaginar tales recreos, dulces, tranquilos y propios de gentes felices, con el continuo alardear de revolucionarios y redentores, con los ataques á la monarquía que á tan duro extremo nos ha traído, con las santas indignaciones del patriota?

Siempre que los monárquicos celebran una fiesta de estas, con más brillo y suntuosidad por supuesto, salimos los republicanos, y con razón, por el registro de que mientras ellos se divierten el pueblo agoniza, que los acordes de la música apagan los ayes angustiosos de los desventurados, que las estrofas de las poesías contrastan con los sollozos de los jornaleros sin pan, y que los movimientos vertiginosos del baile insultan á la obrera encadenada á la máquina de coser; agotamos, en fin, el repertorio de las frases de efecto para anatematizar á quienes, sordos á los lamentos de las masas é indiferentes ante sus sufrimientos, se divierten y solazan.

Y, á pesar de esto, nosotros, los que salimos de esas masas, y por más cercanos percibimos las notas íntimas de su duelo, y no perdemos ni el quejido más débil de sus angustias, nos reunimos en un local destinado á exponer sus dolores y buscar la manera de aminorárselos, para parodiar mezquinamente aquello que con energías apocalípticas condenamos. Y no

contentos con hacerlo, lanzamos nuestros nombres al público, cual si tuviéramos ansia de que se conozcan nuestras especiales aptitudes para el arte en su más mínima expresión, ó nos corriera prisa demostrar que las autonomías municipales y regionales no son incompatibles con la danza, la corchea, ni la estancia.

Y no es que yo crea que debiéramos llevar luto en las ropas ni tristeza en el semblante porque haya comarcas enteras donde los trabajadores no tienen ni raíces que comer; pero sí que podríamos abstenernos de realizar esos actos que forman contraste doloroso con su miseria, y hasta afectan en cierto modo la forma del insulto.

Tampoco pretendo que el republicano, por serlo, sea refractario á nada de lo que eleve y vigorice el espíritu, ni viva á la manera del oso de las cavernas, ni renuncie á nada de cuanto signifique cultura é ilustración; no. Por instinto más que por hábito, por gusto innato antes que por práctica frecuente, me inclino á cuanto en todas las esferas de la vida tiende á separar al hombre del animal. Una República tacaña y sordida, de habas, lentejas y pan negro, no es la que yo deseo para España, aun cuando estuviera en posesión de todas las virtudes teologales y cardinales.

No, no soy de los que sueñan con republicanos haraposos, de pelo y barba encrespados, reuniéndose en las tabernas á comer tajadas de bacalao, eructando á ajos, cantando himnos brutales y mostrando sin recato lo que la hoja de parra tapa en las estatuas; mas si tuviera que escoger entre ellos y los que se deleitan oyendo poesías medianas y canciones de ritual en tertulias caseras, y bailando rigodones y walses, me quedaría con los primeros. Entre sus brutalidades podría esconderse el embrión del perfeccionamiento; en los artificiosos, convencionales y cursis conatos artísticos de los segundos, sólo veo decadencia.

Además, ciertas cosas, ó se hacen en grande ó no se hacen. Todo lo que se relacione con el arte debe rebasar la línea vulgar. Nada de calcomanía, ni de cromos siquiera: ó las paredes desnudas, ó cuadros de Velázquez, Murillo, Rubens ó cualquiera otro príncipe de la pintura.

¡Cómo! ¿Nos llamamos hombres de progreso, y fabricamos telas de araña en vez de capullos de seda? Esto es indigno de nosotros. Las cortinas deben ser siempre á la medida del santo. ¿Queremos música? Contratemos la orquesta del Real. ¿Canto? Vengan los primeros artistas. ¿Poesía? Que el mejor poeta de España nos traduzca á Víctor Hugo. ¿Baile? Que el local contenga cien parejas y no se acerque una á otra en dos varas. Esto es lo que corresponde á la

grandeza de las ideas que profesamos... ¡Pero un pianito! ¡Un poeta mediocre! ¡Unas cancioncitas! ¡Unas piruetas en una sala de ocho metros en cuadro!... Pocas veces habrá tenido representación más apropiada el quiero y no puedo.

Esto, y más aún si le place, puede hacerlo cada republicano en su casa, si es que no sabe sustraerse á las corrientes del mal gusto, y á buen seguro que yo coja la pluma para censurarlo, por más que á mis solas me lamente de no tener correligionarios de más aspiraciones. Lo que no puede hacer ninguno sin exponerse á la crítica, es convertir los centros de propaganda revolucionaria en oratorios mezquinos del arte, parodiando pobremente aquello mismo que nos sirve de pretexto para combatir á los monárquicos cuando lo hacen con grandeza; lo que no tiene justificación, es que lloremos los males del pueblo al compás de una habanera ni creamos que lo servimos aplaudiendo un aria. Cada cual en su puesto. Y no está en el suyo el republicano que celebra veladas semi-artísticas en sitios donde nadie debe ir á buscar distracciones, sino á proponer y discutir los medios más conducentes á la pronta desaparición de la monarquía y al mejoramiento de las clases productoras. Y el que lo dude, que se lo pregunte á cualquier federal de los que están dispuestos á jugarse la cabeza por el triunfo de su causa y que de fijo nunca pensó en que se fundaran Centros revolucionarios para cantar y bailar.

Y termino, aun cuando pudiera decir mucho más, rogando á todos los republicanos que no perdamos la seriedad, ya que tantas cosas hemos perdido, no haga el diablo que las gentes den en pensar que sentimos la nostalgia de las frivolidades que constituyen la vida entera de los que carecen de ideales, ó que reducimos éstos á satisfacer con desahogo necesidades puramente físicas, con intermedios artísticos propios de empleado de corto sueldo ó patrona de casa de huéspedes que tiene hijas casaderas de difícil salida. Sí; obremos de modo que los monárquicos nos odien, nos persigan, nos exterminen, pero ¡por todas las majaderías que hemos dicho en veinte años!, que no se rían de nosotros, ni se burlen, ni nos pongan en solfa.

Antes que el ridículo la muerte, si es que la muerte en política no sigue siempre al ridículo como la sombra al cuerpo.»

LA CARETA

A la palabra *germanófilo* le pasa lo que á la de *jesuita*: á nadie, aun siéndolo, le gusta que se la apliquen.

¿Es que acaso la juzgan vergonzosa, insultante? No lo sé, pero sí que

hasta los que cobran por defender á los alemanes se abstienen de afirmar que son *germanófilos*; y para disculpar su actitud dicen que son *neutrales*.

La neutralidad fué á los comienzos de la guerra una opinión, fundada generalmente en el reconocimiento de nuestra impotencia para intervenir en la lucha. Hoy sirve de careta para ocultar la *germanofilia*.

Y al hablar de los que cobran, conste que yo no creo que haya tantos como se dice. Aunque les dieran poco, sería un gravámen enorme para Alemania.

Pero que hay bastantes periodistas sabedores del sabor que tiene el dinero alemán, de esto no hay quien dude: ni los mismos que lo reciben.

Por cierto que pensé en ellos el día que el telégrafo nos trajo las primeras noticias sobre las proposiciones de paz. ¡Qué susto tan terrible llevarían los pobrecillos! «¿Qué va á ser de nosotros, se dirían, si los aliados las aceptan? Muerto el periódico, y marcados nosotros con el sello de *germanófilos*, ¿á dónde podremos ir?»

Afortunadamente para normalizar sus nervios, el susto les duró poco, pues inmediatamente la opinión vió en todas las naciones lo burdo de la maniobra y se pronunció en contra.

Pero, sí; el susto debió ser de órdago. ¡Digo, y con las Pascuas encima! ¡Y con lo caro que está todo!

¡Qué tristeza de vida esta para los que no heredamos una fortuna, aunque procediera del robo, ó no supimos agenciárnosla, aunque fuese robando! No merece la pena de vivir una vida tan cochina.

Cine clerical

Fuego y estopa

—Pero, señora, si no podía ser otra cosa... A mí nunca me dió buena espina.

—Pero ¿quién podía suponer un desenlace así? Fíese usted de estas tías lagartas con su carita de niñas bobas.

—No sé por qué se asombran ustedes tanto de estas cosas; ¿no son mujeres como las demás?

—No deben serlo.

—Pero lo son, y luego bien comidas, bien bebidas, y siempre entre hombres, y jóvenes por añadidura...

—Pero un enfermo es una cosa muy sagrada...

—Mientras está enfermo, sí, señora; pero cuando ya entra en la convalecencia...

—Vamos, que eso ha sido un crimen, ¡un pobre herido!

—Sí, pero fuera del brazo todo lo demás lo tenía muy bueno.

—¡El disgusto que se ha llevado la Gertrudis!

—¡Buena pánfila! Ya se lo decía

yo: esta Hermanita le hace demasiados mimos á tu novio... Se puede ser caritativa, pero no hacen falta tantos arrumacos... Fíjese usted cómo al viejo de al lado lo trata á baquetazos.

—Es que también él se ha portado, que ya, ya...

—No me negará usted que la monjita era una valenciana que valía un imperio, ¡y qué ojazos! Vaya, aquí entre nosotras, la Gertrudis no vale para descalzarla.

—Sí, pero eso no es razón... Llevaban tres años de relaciones.

—Para usted y para mí, no; pero los hombres piensan de otra manera. El vió á su lado una real hembra, mimosa, insinuante, que se le metía por los ojos, y no pensó más.

—¡Vaya un chasco! Y ella ¿dejó las tocas?

—Es claro: después de aquel escandalazo que dieron en el hospital, no había otro remedio... Se fueron á Valencia: ella creo que tenía algunos cuartos.

—Ya ve usted: las monjas se casan y las otras se quedan solteras.

—Hija, estaba el fuego junto á la estopa y... ya sabe usted lo demás.

FRAY GERUNDIO

Resurrección inesperada

¿Que si yo, con esta campaña, mato el entusiasmo en muchos republicanos?

¿Qué es lo que oigo? ¡Entusiasmo! ¿Por dónde, por dónde está ese caballero?

Que me lo digan para correr á saludarle. O que me lo traigan para felicitarle por su resurrección.

¡Tanto tiempo sin verle! Desde Marzo de 1903 no había podido echarle la vista encima.

Me refiero al verdadero (pues hay dos); no al artificial: al que nace espontáneamente, no al que se fabrica para que surta determinados efectos en épocas electorales.

Lo malo es que el entusiasmo, como la virginidad, no se rehace. Una vez perdido, ojos que te vieron ir. Y desde 1903, no sólo no se ha rehecho, sino que se ha ido evaporando.

En 1909 hubo un sacudimiento viril en el partido, mas no fué el entusiasmo quien lo produjo: fué la indignación. Y la indignación, cuando no llama á voces las cóleras supremas en el momento de estallar, se va extinguendo poco á poco. Que es lo que ha ocurrido. A esto se debe el que yo creyera que el entusiasmo había muerto.

Ahora me entero de que parece que vive aún, y pregunto á los que suponen que yo pretendo matarle:

¿Dónde está ese caballero, dónde está?

Correré á abrazarle y á decirle:

«Llevaba tanto tiempo sin saber de

tí, que te suponía difunto. Procura dejarte ver á menudo, para reanimar al partido republicano. Mira que si no, al aparecer después de uno de esos largos eclipses, tú serás el que encuentre muerto al partido.

¡Dichosas elecciones!

Ellas han sido, son y continuarán siendo la causa principalísima de la división y desconcierto del republicanismo.

Nada más fácil de demostrar.

La profunda y aún no terminada escisión del partido en Valencia ¿á qué se debió? A que Soriano se vió defraudado en sus esperanzas de salir diputado nuevamente.

Las luchas enconadas y terribles mantenidas años y años en Barcelona entre radicales y nacionalistas ¿qué causa tuvieron? Las elecciones.

El espectáculo que ofrecieron en Madrid en 1914 los radicales y los de la Conjunción al presentarse la candidatura llamada de prestigios ¿quién lo promovió? Las elecciones.

Los insultos soeces y las diatribas crueles que se lanzaron en Barcelona los republicanos y los de la llamada Reivindicación Republicana hace unos meses, ¿en que se fundaron? En las elecciones.

El jaleo que se armó en Madrid antes, en y después de las elecciones últimas ¿á qué fué debido? A las elecciones.

Y no quiero hablar de las divergencias y divisiones de menor cuantía en diversos puntos de España, lo mismo al votar diputados á Cortes, que provinciales, que concejales. Juzgue cada republicano por lo ocurrido en su distrito ó en su pueblo lo que pasó en los demás, y me dará la razón.

Sí; lo repito: las elecciones son la causa principalísima de que estemos como estamos.

Y aquí voy á anticiparme á responder al argumento que suelen esgrimir los electoreros cuando de esto se habla; «Estas luchas, dicen, estas divergencias prueban la exhuberancia vital del partido. El movimiento es vida. La pasión, fortaleza.»

La frase es bonita, y exacta cuando se la aplica bien. Pero en este caso es inadecuada. Luchando estamos unos contra otros los republicanos desde la restauración acá (y aun antes), y cada día nos vemos más decaídos, más impotentes. (No me atrevo todavía á decir que más muertos.) Esto prueba que la lucha no siempre es vida.

(Perdónese esta herejía científica que acabo de soltar; pues hay vida hasta en la muerte. ¡Apenas si hay movimiento de gusanos en los cadáveres, sobre todo si son de frailes bien cebados! Pero movimiento de gusanos al fin.

¿Pero á qué perder el tiempo en refutar ese argumento fútil y falso? Voy á aceptarlo, sin embargo, únicamente para decir á quienes lo esgrimen:

Bien; convengamos por un momento en que esas infecundas divergencias, esas ferocidades de palabra, esos crímenes de concepto son efectivamente señales de pasión, de vida. ¿Pero cómo y dónde se manifiesta esa vida luego?

Van al Parlamento los favorecidos por la suerte, por la audacia ó por la inconsciencia de las masas, y ¿qué muestras de vida dan? ¿Propagan desde allí la idea republicana? ¿Ponen en la picota á los gobiernos? ¿Influyen para que desaparezca la inmoralidad? ¿Para que las leyes se cumplan? ¿Para que el caciquismo acabe? ¿Para que sea proscripta de la administración de Justicia la palabra prevaricación? ¿Para que lo injusto no prevalezca? ¿Para que los privilegios acaben? Tenemos derecho á negarlo, al observar que cada día está peor todo.

Mas para demostrar la ineficacia de la lucha electoral, basta decir:

Desde que se promulgó la Ley de Jurisdicciones vienen ofreciendo nuestros diputados que trabajarán para que sea derogada, y no lo han conseguido. No creo necesario aducir otras pruebas de la impotencia parlamentaria.

Explicación que pido

Ofrezco un premio de veinte mil duros, que abonaré cuando cante misa, al que me explique lo siguiente:

Por qué, siendo católicos los españoles,

y mandándole tanto dinero al Papa, y manteniendo á cuerpo de rey á tantos obispos,

y á tantos canónigos, y á tantos curas, y á tantos jesuitas, y á tantos frailes, y á tantas monjas, y á tantas hermanas...

Y oyendo tantas misas, y tantos sermones...

Y asistiendo á tantas procesiones, y á tantas novenas...

Y confesando y comulgando un día sí y otro no, y el de enmedio...

Y levantando tantas iglesias, y tantos conventos...

Y regalando tantos mantos á las vírgenes,

y tantas coronas, y tantas sortijas.

Y teniendo un patrono cada pueblo,

y otro cada oficio, y otro cada profesión colegiada,

y otro cada arma del Ejército, ¡y otro los cómicos!

¡y otro los toreros!...

Y persignándonos, al despertar,

JUSTIFICACIÓN



"Está bien hecho: Si no lo hubiera hecho yo, hubiera podido hacerlo cualquier otro."
Ayuntamiento de Madrid (RAEMAEKERS.)

al levantarnos,
al salir á la calle,
al ver un relámpago,
al oír un trueno...
Y descubriéndonos al pasar frente
á una iglesia,
y ante una ermita,
y ante un oratorio,
y ante una procesión...
y al paso del viático.
Y rezando al desayunarnos.
y al acabar de comer (aquí suele
haber excepciones por falta de mate-
ria prima),
y al cenar,
y al acostarnos...
Y no habiendo plan concebido,
ni negocio emprendido,
ni acto realizado,
en que nuestras rodillas no se do-
blen,
nuestras manos no se junten,
y nuestros ojos no se alcen al cielo,
ya para implorar ayuda,
ya para dar gracias,
ya para pedir misericordia
¿Por qué, si así pensamos y así obra-
mos, no hemos de ser los españoles
los más buenos, los más felices, y los
más privilegiados en todo, en vez de
vernós á lo mejor sin pan que llevar-
nos á la boca y sin vestido con que
cubrir lo que nuestros primeros pa-
dres exhibieron candorosamente an-
tes de haber pecado?

Al que me explique el por qué de
esto, ya lo he dicho: le regalaré
20.000 duros el mismo día que cante
misa.

La tragedia del pavo

Noche Buena, pero fría,
noche preñada de horrores.
Era de noche, señores,
y sin embargo llovía,

cuando yo dando traspiés
por mor de bebida añeja,
me interné en una calleja
del barrio de Lavapiés.

Como la noche era oscura
y el callejón no muy ancho,
un traperero con su gancho
escarbaba en la basura.

Se apagaban los faroles
quedándose luz muy tierna,
mientras comí en la taberna
un plato de caracoles

Salí de la tasca ufano,
tropecé con el sereno,
le dí un achuchón muy bueno,
pero bueno, soberano,

y llegué como un valiente
sin aliento y jadeante
á dar mi golpe sonante
en una puerta de enfrente.

Llamo fuerte, suena el eco,
tardan en abrir, me pico,
y asoma un perro el hocico,
de una reja por el hueco.

Repito con furia el son,
reflauta, no contestaron,
mas pronto me contemplaron
volando por la extensión.

Ya en la altura, y con canguelo,
y con fuerza, y con despecho,
quité de una sala el techo
como hizo el *Diablo cojuelo*.

Y lo que vi, *vive Dios*,
que me hizo estremecer!
Lector, lo vas á saber,
que voy del secreto en pos.

Una sala muy cuadrada,
una mesa bien servida,
una niña muy lucida
y una puerta muy cerrada,
y de la mesa en los lados,
á uno de la niña pura
se ven dos hombres y un cura
cómodamente sentados.

Hijo y padre (no hay taladre),
son los hombres que yo dije;
es el muchacho un buen dije
y un buen carcunda es el padre.

La muchacha resalada
mujer del muchacho es,
y hace poco más de un mes
que se encuentra bien casada.

Sentado junto á la moza
el curita, que no es lerdo,
medio loco ó medio cuerdo,
con su pie una falda roza.

Despachan el *mostagán*
los contertulios ansiosos,
y consumen afanosos
salsa y pavo, fruta y pan.

Y entre los ténues vapores
de aquel vino bautizado,
se escucha ronco y pausado
el son de muchos tambores.

Como al cura le interesa,
repicar y... yo me entiendo,
una mano va tendiendo
por debajo de la mesa,

para en propicia ocasión
bendecir en santa calma
formas de un cuerpo y un alma
muy dignos de adoración.

Mas no sé qué suerte ingrata
hizo que un pie resbalase
y al marido tropezase
una religiosa pata,

que con aviesa intención
llegó el acto á entorpecer;
quiso dar á la mujer
y pegó con el varón,

que indignado se me arranca
so el presbítero *rechoncho*
y le mueve como á un troncho
y le trinca por un anca,

y gritando: «¡De aquí fuera,
ó váis á tener mal fin,
carne negra de EL MOTIN!»,
lo arrojó por la escalera.

Yo dije, digo: ¡Bien! ¡Bravo!
y lo guardé en mi memoria;
esta verídica historia,
es *La tragedia del pavo*.

Pero aún dice más la fama;
que enfadado el clérigón,
al llegar á su mansión
la... la tomó con el ama.

A. R. GARCÍA-VAO

A LA JUVENTUD

Si la juventud inteligente del par-
tido, la que no busca concejalías, di-

putaciones ni presidencias de Comi-
té, se adhiriera y defendiese la idea
de celebrar la *Asamblea de los 49*, po-
díamos confiar en que se realizara.
Unida á los apartados de la vida acti-
va y á los desengañados de la actua-
ción de jefes y jefecillos, se bastarían
para imponerla.

Pensando en esto mismo, escribí
en 1911 este artículo, que titulé *Año-
ranza*:

«¡Oh, quién me diese volver ahora
á aquellos mis ya lejanos tiempos de
mozo, en que jamás la palabra con-
veniencia se interpuso entre mi
arranque y mi acción, ni la contin-
gencia de un descalabro atajó nunca
los ímpetus de mi bizarría!

De seguro que no callara entonces
á mis correligionarios lo que hoy les
callo por miedo á desesperanzarlos
del todo; antes bien les dijera á gritos
lo que apenas me atrevo á decirme
á mí mismo en voz muy baja, teme-
roso de que las cóleras justicieras
dormidas en mi corazón despierten
y me acusen de acomodaticio y de
cobarde por no haberlas escupido ha-
ce años al rostro de los que han dado
lugar á que el partido republicano sea
hoy objeto de burla y chacota para
los monárquicos, y á que el Pueblo,
desengañado al fin, crea que ha so-
nado ya la hora de exigir que en el
Diccionario de la Lengua figure esta
nueva acepción de la palabra

JEFE:--«*Republicano*. Hombre po-
lítico que tiene por única finalidad
imposibilitar el triunfo de la Repú-
blica.»

Pero ¡ay!, como no me es posible
volver á los tiempos aquellos, y las
cóleras lanzadas por labios balbucien-
tes no caen sobre los rostros de quie-
nes la provocan con la fuerza que si
salieran de labios vigorosos, enco-
miendo á los jóvenes del republica-
nismo esa misión, más propia de sus
años que de los míos.»

Y reproduzco hoy ese artículo, pa-
ra recordar que lo de confiar en la ju-
ventud es en mí viejo.

La caridad oficial

La Lucha, de Barcelona, ha publi-
cado un articulo titulado *En plena
barbarie*.

Comienza diciendo, que hace unos
meses, y por iniciativa del *negrero*
de los pobres de Barcelona (no sé á
quién se referirá, por ser varios),
aquel Ayuntamiento adquirió un local
en la barriada de Casa Antunez, y que
los cuarenta ó cincuenta mendigos
que recogen están allí que ni en la
gloria, pues se ha fijado nada menos
que en veinte céntimos diarios el gas-
to de la alimentación de cada uno.

Por la mañana á eso de las nueve,
y probablemente después de haber
rezado más padrenuestros que lente-
jas dan por un celemín, les sirven una

sopa que hace lo posible para sostenerlos en pie hasta las seis de la tarde en que les propinan otra del mismo corte, á la que encargan que vea si puede conservarles la vida hasta que repitan el variado menú á las nueve del día siguiente.

De lo limpias, higiénicas y confortables que son las sopas, baste decir que el pan es adquirido en las aristocráticas traperías de la calle Arco del Teatro, que lo adquieren de los traperos ambulantes que se dedican á recoger toda clase de residuos de las calles y de los hospitales para revenderlos á los industriales que crían cerdos, gallinas y otros animales domésticos.

Para dormir, prosigue *La Lucha*, han preparado un modelo de camas sistema Galtés, que se compone de arena pura y blanda procedente de la orilla del mar, y que les sirve también de abrigo.

Aquí encaja que ni de molde aquello de, bien haya lo que á lo suyo se parece. Por lo visto, en ese Asilo no quieren desentonar de casi todos los de su clase. Podría cundir el mal ejemplo de alimentar y vestir regularmente á los pobres, y entonces ¿de qué iban á vivir los que en ellos manglean?

¡Caridad! ¡Caridad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Por esto, cuando oigo decir que algún infeliz ha muerto de hambre y frío abandonado en el arroyo, lo lamento.

Pero cuando me dicen que ha ingresado en un Asilo, ¡oh! entonces...

Entonces me horrorizo.

EL APOSTOLADO

Hace próximamente un año vi la conferencia que dió en Zaragoza cierto norteamericano, representante de un centro de enseñanza de idiomas por correspondencia, y que sostenía la tesis de que la enseñanza debe ser un pacto comercial.

Así como el comprador de una mercancía puede llamarse á engaño y exigir del vendedor que le devuelva el dinero, si no ha recibido mercancía alguna ó la ha recibido en malas condiciones, del mismo modo el alumno debe tener derecho á que el profesor le devuelva sus honorarios si no ha recibido instrucción alguna, ó se le ha dado una enseñanza errónea y deficiente, y esto sólo puede lograrse haciendo que la enseñanza sea un pacto comercial en vez de ser un apostolado.

La enseñanza—decía el conferenciante—no puede ser un apostolado cuando no es gratuita. Desde el momento en que un alumno paga por ella, se convierte en un pacto comercial, con todas las ventajas que le son inherentes.

No quiero hacer consideraciones sobre las ventajas de aplicar esta teoría á nuestros centros universitarios, donde se paga por matrículas y derechos de exámen y, sin embargo, la enseñanza muchas veces deja tanto que desear en cantidad y calidad.

Hoy al leer el notabilísimo libro de D. Eduardo Barriobero *De Cánovas á Romanones* y ver que los españoles pagamos directamente, ó por mediación del Estado, trescientos cuarenta millones anuales de pesetas por la enseñanza del catolicismo y por ser católicos, me he acordado de aquel norteamericano y de aquella conferencia.

Porque resulta que cada español paga á la Santa Iglesia Romana (que es Madre de muchas esposas católicas, y, por consiguiente, suegra de muchos maridos liberales), diecisiete pesetas al año. Así que una familia compuesta del matrimonio y tres hijos, paga sesenta y cinco pesetas anuales. No puede, pues, decirse, según la lógica de aquel yanki, que la propaganda católica entre nosotros los paganos sea un apostolado.

Y como el artículo religioso (aunque sea de primera necesidad) resulta más caro que el pan, que también es de primera necesidad, y muchos españoles pronto prescindirán del pan por economía, en vista de que el cabeza de familia á veces apenas gana sesenta pesetas mensuales;

Y como la mayoría de los españoles ó son católicos y no practican la doctrina de Jesús, ó observan las máximas de Jesús y no son católicos;

Me he dicho: ¡Que desgracia sería para todos que aquí estuviera en boga la lógica norteamericana! Porque empezaríamos á considerar la cuestión religiosa como un pacto comercial. Y como, desde el punto de vista comercial, se trata de un artículo carísimo y que lo recibimos en malas condiciones, habría quien pediría la anulación del pacto y, lo que es peor, la devolución del dinero (diecisiete pesetas por cabeza y por año).

Y algunos viejos, que fueron volterianos en su juventud, y que después han cambiado la casaca, ante la perspectiva de este aguinaldo, sentirían debilitarse su fe, y querían comerse las pesetas de la Santa Madre de sus respectivas esposas.

Y vendrían los embargos de los bienes de la Iglesia para poder pagar á tanto impío acreedor.

¡Y con qué oportunidad! ¡Ahora que el arzobispo de Tarragona ha pedido en *El Liberal* que se aumente el sueldo á los párrocos!

Afortunadamente esto no ocurrirá (lo del embargo de bienes, no lo del aumento de sueldo), porque la religión, por lo menos en España, es un apostolado.

F. R.

Maeterlinck á los obreros de la Casa del Pueblo de Madrid

Váis á oír el llamamiento de nuestros hermanos de Bélgica. No os diré que no tengo nada que añadir á él. Se podrían añadir muchas cosas, porque en sus reservas, llenas de dignidad y en sus propósitos de no hablar más que de hechos absolutamente ciertos é indiscutibles, se han quedado muy por debajo de la verdad.

Cuando un día se conozca esa verdad entera, sobrepujará, sin duda alguna, en honor á todo cuanto haya podido imaginarse.

En estos momentos, para no exa-

gerar y recoger sólo los datos y estimaciones más moderadas, de ochenta á cien mil obreros belgas han sido deportados: unos, á Alemania; otros, detrás del frente de batalla, para cavar trincheras. Por confesión de los mismos alemanes—notad bien esto, de propia confesión—estas deportaciones no terminarán hasta que alcancen la cifra de 350 mil hombres. Es decir, que según sus intenciones, clara y cínicamente manifestadas, prácticamente y de hecho, será reducido á la esclavitud todo lo que queda válido de la clase obrera belga.

¡Y qué esclavitud!

Se creará que todo se ha dicho y todo se ha hecho, demostrando la indignación respecto de esa abominable palabra, de la cual hemos casi olvidado su odiosa significación.

Concebimos al esclavo antiguo de Grecia ó de Roma, que no era más que un animal ó una cosa en manos de su dueño, el cual tenía sobre aquél derecho absoluto de vida y de muerte. Pero aquí se trata de algo muy diferente y mucho más horrible.

El amo del esclavo de otros tiempos tenía interés en cuidar la vida, la salud y las fuerzas del miserable, que constituían para él una propiedad, como nosotros tenemos ese mismo interés en conservar nuestro caballo ó nuestra vaca. Y de hecho así ocurría, y la esclavitud antigua era, en general, menos dura de lo que se cree.

Pero en Bélgica tenemos amos que odian á sus esclavos con furor implacable, y que, como ya lo han probado suficientemente en otras ocasiones, sólo piensan en agotar hasta el fin, es decir, hasta la muerte, las fuerzas de sus víctimas, haciendo el cálculo que cuantos menos queden á la conclusión de la guerra, tantos menos serán sus irreconciliables enemigos.

Ved aquí en qué infierno han sido arrojados nuestros desdichados hermanos de Bélgica y del Norte de Francia. Poneos un instante en su lugar y procurad representaros con la imaginación el espantoso cuadro de su miseria injusta, de su dolor inmerecido y de su sombría desesperación.

Me diréis: «¿Qué hacer? ¿Cómo ayudarles? Nada podemos en su favor.» Esto no es cierto. Esta confesión de impotencia, no debe hacerse jamás. Se puede ayudar siempre á los desgraciados. No vienen ellos á pedirnos la limosna, porque saben que no sois ricos y que les daríais con la más buena voluntad todo lo que pudiérais sustraer á vuestras necesidades. Pero buscan ellos, entre vosotros, algo más precioso, que no podéis rehusarles? Buscan vuestras simpatías, el impulso unánime de vuestros corazones fraternales, la certeza y la afirmación manifiesta, enérgica y sin cesar renovada de que en el mundo

obrero de todo el Universo, los corazones de todos sus hermanos de trabajo y de miseria laten al unísono, toman parte en sus sufrimientos y reclaman, por último, la justicia y el restablecimiento del imperio de las leyes más elementales de la Humanidad.

Si sabéis querer, lo que ellos hubieran querido; si la desgracia que ha caído sobre ellos hubiese pesado sobre vosotros—porque recordad que la clase obrera belga, generosa entre todas, era la primera en vibrar de indignación cuando se cometió una gran injusticia en esta tierra—; si sabéis querer lo que ellos hubieran querido, obtendréis cuanto deseáis, porque no hay potencia en el mundo que se atreva á rehusaros lo que reclaméis en nombre de la justicia y del honor del género humano.

MAURICIO MAERLINCK

SOBRE EL NAUFRAGIO DEL "PIO IX"

Contra la Compañía Siniestros (a) La Pinillos, deben intervenir las entidades obreras.—Las autoridades competentes se hacen el sordo.—Seamos nosotros los que hagamos justicia.

Toda la prensa local, al reseñar el naufragio del *Pío IX*, tiene palabras de conmiseración para la Compañía *Pinillos*, que en menos de un año ha perdido dos grandes vapores. Pero ni un periódico por casualidad menciona las deficiencias de la flota de esta Compañía ni exige responsabilidades, ni que se depuren los hechos que provocaron la catástrofe.

Más que lamentar el número de víctimas á consecuencia del naufragio, á compadecer las familias afectadas por el siniestro, se dedican á llorar con la *Pinillos* la pérdida de otra unidad de su flota de «cemento».

El pésame á las familias de las víctimas, son frases de rúbrica que se guardan estereotipadas de otras catástrofes, de parecidos siniestros.

En el fondo, las víctimas de la tripulación son lo de menos, es cosa poco importante, ya que con facilidad se encuentran sustitutos. Hay brazos de sobra en el mercado; la carne de explotación abunda, y sabe la Compañía que no han de faltarle hombres decididos al suicidio, que por unas pesetas prefieran morir ahogados que de hambre en sus casas.

Todo eso es bochornoso; es infame, que valga más, se lamente más, la pérdida de un cascarón, que la vida de treinta y pico de hombres, padres de familia lo mayor parte...

A estas alturas no es posible consentir que impunemente se juegue con la vida de los obreros. Denuncias, quejas, acusaciones, caen en saco roto. La experiencia nos lo ha demostrado así. Inútil es pedir justicia, inspecciones, castigos, contra los infames explotadores... Es hora, pues, que tomemos la justicia por nuestra mano, demostrando á esos vampiros que no estamos dispuestos á hacerles el juego, á servirles en sus combinaciones mercantilistas.

Ha llegado el momento de demostrar que los organismos obreros sirven para algo más que para pedir aumento de salario y rebaja de jornada. La vida de los asociados, la vida de los que forman nues-

tra clase, ha de ser motivo de una defensa enconada, pertinaz, que acabe con el desprecio que hoy se tiene al factor obrero.

Hace escasamente ocho días que desde las columnas de este periódico nos dirigíamos á la Sociedad de Marineros y Fogoneros y personal de fonda *La Naval*, para que interviniera defendiendo los legítimos derechos de las familias de las víctimas del naufragio del *Príncipe de Asturias*, contra la Compañía de seguros sobre accidentes, *Hispania*. Hace pocos días que decíamos era una vergüenza que un año después del siniestro, la mentada Compañía no hubiese pagado lo que devengaba á las familias, y pretendiera para cumplir el compromiso que se dejaban perder, sobre lo que les correspondía, un veinte por ciento.

Al enterarnos del despojo que se pretendía realizar impunemente con las viudas, con las desgraciadas mujeres que perdieron en el horrible naufragio á sus maridos, á los sostenes de la familia, hicimos un llamamiento á la Junta de *La Naval* para que interviniera, y tomara parte en causa, apoyada por la Federación Local de sociedades obreras.

Ayer lo decíamos y fuimos escuchados; hoy hemos de insistir pidiendo que amplíen su intervención, exigiendo responsabilidades á la Compañía *Siniestros* (a) *La Pinillos*.

No puede tolerarse que un naufragio tras otro, amargue la vida á centenares de ciudadanos que no cometieron otro delito que nacer pobres y tener que ganar la vida para ellos y los suyos trabajando al servicio de compañías sin entrañas.

Cuando las autoridades competentes se hacen el sordo á las denuncias y demuestran con su proceder incalificable que sólo sirven para perseguir al obrero que intenta reivindicar sus derechos, es preciso que usando procedimientos legales se obligue á esos señores á moverse y de grado ó por fuerza, apliquen la sanción penal que corresponde á los culpables del reciente naufragio. Ellos fabrican leyes para perseguirnos, justo es que invocando esas leyes, por ellos mismos fabricadas, nosotros hagamos que por una vez se las apliquen ellos.

La Naval debe actuar con energía, con rapidez y constancia. Su triunfo indiscutible sobre los explotadores de la carne, de la sangre proletaria, demostró á los humildes, á los inconscientes, que las entidades obreras sirven para defender á sus asociados en todos los terrenos. *La Naval* puede tener la seguridad absoluta que á su lado estará dispuesta á ayudarla la clase obrera barcelonesa con toda su pujanza, con su energía indomable, con su voluntad férrea, decidida á vencer, imponiendo un sonado correctivo á los explotadores navieros, que ante el negocio no vacilan en sacrificar la vida de sus explotados.

Tened presente, compañeros todos, que el campo de acción de los organismos obreros, organizados á la moderna, con ideales propulsores, es ilimitado.

Una de las tantas fases de la cuestión social, es el caso presente del naufragio del *Pío IX*; por eso, entendemos que el momento oportuno de obrar ha llegado. ¡Contra los vampiros, contra los navieros sin conciencia, deben erguirse amenazadoras las víctimas de ayer, de hoy, de mañana!

Solidaridad Obrera. Barcelona.

HABILIDAD POLITICA

Que Lerroux la tiene, es indudable. A las muchas pruebas que ha dado hay que añadir esta de ahora.

El día 22 invitó á un almuerzo íntimo á todos los diputados republicanos que estaban en Madrid.

Asistieron Castrovido, Domingo, Fernández del Pozo, Giner de los Ríos, Gómez Chaix, Moreno Mendoza, Morayta, Nogués y Santa Cruz.

Y acordaron dirigir á cada uno de los ausentes de Madrid un telegrama que decía:

Reunidos en almuerzo de cordialidad republicana, lo saludamos.

Pablo Iglesias, Salas Antón y Montes Sierra agradecieron y devolvieron el saludo.

Y *El País* dijo en su número del domingo:

«Ha sido muy comentado el banquete celebrado anteayer por las minorías republicanas.

Se ha visto en él, con razón, un significativo cambio de conducta. Las divisiones, las reyertas, los insultos mutuos han muerto.

Queremos que haya muerto para siempre.

Pongo el *amén* á ese buen deseo de *El País*, mas declaro que no me entusiasma ese acto de Lerroux, á pesar de que siempre aplaudí y secundé el menor conato de aproximación entre los republicanos, iniciáralo quien lo iniciara.

Y no me entusiasma, porque me produjo al saberlo la misma impresión que cuando recibí la primera noticia de las proposiciones de paz de los alemanes, y tengo el defecto de no poder prescindir de la primera impresión al juzgar un hecho.

Además, encuentro inoportuno el momento elegido para alardear de ternezas fraternales. A raíz del cierre de las Cortes en que tantos espectáculos tristes de división dieron nuestros diputados, y no habiendo venido ningún suceso importante á modificar la tirantez de relaciones entre ellos, es tan de extrañar ese repentino é inesperado llamamiento á la concordia, que hace sospechar una de estas dos cosas: ó que se previenen con tiempo esos señores por si un próximo cambio de Gobierno impone elecciones nuevas, ó que tratan de ver si pueden atajar el movimiento de reorganización de abajo arriba realizado ya en la región vasca y anunciado en la aragonesa.

Y como en este número no tengo tiempo ni espacio para decir más sobre esto, por haberme enterado al acabar de cerrarlo con un día de anticipación por *mor* de las Pascuas, dejo para el que viene la continuación del del tema.

Imprenta Sucesores de Ambrosio Pérez

Mendizabal, 6, Madrid.